

Casullo, María Martina

Psicología y Cultura

Psychology and Culture

Revista de Psicología Vol. 3 N° 6, 2007

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Casullo, M. M. (2007). *Psicología y Cultura* [en línea]. *Revista de Psicología*, 3(6).

Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/psicologia-cultura-maria-martina-casullo.pdf>

[Fecha de consulta:....]

Psicología y Cultura

Psychology and Culture

María Martina Casullo
Universidad de Buenos Aires
CONICET
Universidad de Palermo

Resumen

Se presenta un análisis de las relaciones entre Psicología y Cultura; se hace referencia, en especial, a autores poco difundidos en el contexto argentino de la enseñanza de la Psicología: Wundt, Boesch, Bartlett, Valsiner, Hofstede, Berry, Cole. Se destaca la importancia y urgencia de incorporar el nivel cultural en el análisis y explicación de los diversos comportamientos humanos. Si no se reconoce el plano cultural, sólo nos quedamos ante un ser meramente biológico.

Abstract

An analysis of the liaison between Psychology and Culture is portrayed in this work. Special reference is made to authors that are little known in the Argentine Psychology teaching area such as Wundt, Boesch, Bartlett, Valsiner, Hofstede, Berry and Cole. The importance and need for incorporating the cultural level to the analysis as well as the explanation of the different human behaviors is emphasized. If we do not acknowledge the cultural level, we face a merely biological being.

Palabras clave: Psicología. Cultura. Comportamientos humanos.

Key words: Psychology. Culture. Human behaviors.

Introducción

Cuando la Psicología comienza a formularse en términos de disciplina científica autónoma, en la Europa de fines del siglo XIX, parece poco interesada en la consideración del contexto cultural. La producción psicológica desarrollada durante el siglo XX permite constatar una serie de vicisitudes entre los académicos al referirse a la relación entre Sujeto y Cultura (Cole, 1996). Quizás como le pasa al pez en el agua, sin cuya existencia perdería su condición de tal, a los humanos dedicados a comprender y analizar comportamientos cognitivos, afectivos y psicosociales les sucede algo semejante: somos sujetos en y de una cultura, su ausencia nos transforma en meros seres biológicos. Por ser tan obvio, no se plantea con el debido rigor teórico y metodológico la necesidad de estudios sistemáticos sobre el tema.

Sin embargo, figuras consideradas pioneras en la construcción del saber psicológico, no ignoraron la importancia que el contexto tiene en la conformación de los

Correspondencia: María Martina Casullo
Universidad de Palermo
macasullo@speedy.com.ar

diversos procesos psicológicos. La mayor parte de los libros de texto occidentales ubican el nacimiento de la ciencia psicológica en el año 1879, cuando el investigador alemán Wilhem Wundt funda el laboratorio en Leipzig, asociado al estudio experimental de procesos psicofisiológicos (atención, sensación, tiempo de reacción). Pero pocas veces se tiene presente que Wundt consideraba que la Psicología estaba integrada por dos partes básicas, con sus respectivas metodologías de estudio: a) la experimental ya mencionada y b) aquella que debería ocuparse de investigar de qué maneras la cultura afecta el desarrollo de esos procesos psicofisiológicos.

En las etapas iniciales de esta nueva disciplina, el discurso científico se organizó en función de dos paradigmas básicos: uno, vinculado con los postulados griegos platónicos, plantea la necesidad del estudio de procesos mentales estables y universales; otro se asimila a las ideas de Herodoto para quien era necesario conocer y comprender cómo las personas organizan sus vidas cotidianas, los elementos dan forma a sus pensamientos y creencias respecto al pasado. Desde el siglo XVII en adelante, la dicotomía entre teorías ahistóricas y universales acerca de la mente humana y las contingentes o contextualistas se vinculó con otro planteo dicotómico: las ciencias naturales por un lado y las histórico-culturales por el otro.

Berlin (1981) propone analizar la diferenciación entre disciplinas naturales e histórico-culturales en función de tres conceptos. Para las primeras una pregunta supone una respuesta verdadera, el método para obtener esas respuestas debe ser racional y aplicable universalmente, las soluciones ante los problemas que se plantean deben ser válidas para todas las personas en los diferentes lugares donde habitan. Para las histórico-culturales las respuestas van a depender de supuestos particulares que un grupo cultural tenga sobre el fenómeno bajo estudio, y tanto el método como las soluciones que se proponen tendrán consistencia local y no universal.

Tal como lo plantea Valsiner (1987) ciertas disciplinas se fascinan con el análisis del caso individual en tanto que para otras importa el análisis de fenómenos que se reiteran. El diálogo entre estas dos concepciones se mantuvo a lo largo de los siglos XVIII y XIX y perdura en nuestros días, pasado ya el tiempo fundacional de las denominadas Ciencias Sociales y del Comportamiento. Aun hoy existen líneas de pensamiento más ligadas a las propuestas cartesianas para las que ciertas dimensiones del alma humana no son accesibles a un estudio científico mientras que otras se inclinan más a la concepción planteada en 1725 por Vico para quien la naturaleza humana debe analizarse a través de estudios históricos acerca del lenguaje, los mitos y los rituales. Para él la “nueva ciencia” podía llegar a formular leyes universales dado que aun sociedades muy distantes unas de otras enfrentan los mismos problemas de subsistencia.

En el siglo XIX el científico von Humboldt introduce por primera vez el término VOLKER-PSYCHOLOGIE para referirse al estudio de lo que hoy podría denominarse Carácter Nacional, primer esbozo acerca de la actual disciplina Psicología Cultural. Lenguaje y pensamiento están íntimamente relacionados, lo que supone que es posible encontrar diferentes formas de pensar en grupos culturales diferentes que desarrollan formas de lenguajes disímiles. Este autor va a influir en un científico del siglo XX interesado por temas de la cultura: el psicólogo ruso Vygotsky; así como en el ya mencionado Wundt. Para el segundo tipo de psicología se propone la denominación Volkerpsychologie; las funciones psicológicas superiores tienen que estudiarse aplicando el método de las ciencias descriptivas como la etnografía, el folklore, la lingüística, relacionadas con los lenguajes y costumbres de grupos culturales diferentes. Para Wundt era necesario que la Psicofisiología y la Psicología de los pueblos (volkerpsychologie) se complementaran y lograran una síntesis. Sus seguidores, impactados por el positivismo lógico, el conductismo inicial y la supremacía del método

experimental, sólo se ocuparon de una parte de sus pro-puestas. Tal como afirman Cahan y White (1992) el enfoque conductista, la psicología experimental y las inferencias estadísticas conformaron una visión de la psicología, durante las primeras seis décadas del siglo XX, sobre la base de las ciencias físicas, consideradas más maduras y consolidadas.

Cultura y Psicología

La psicología propuesta por Wundt relacionada con la incorporación de las producciones culturales perduró en algunas investigaciones de la teoría de la Gestalt alemana, en los estudios de los franceses Durkheim y Levy-Bruhl, en ciertas propuestas de Piaget y básicamente en las aportaciones no siempre recordadas del británico Bartlett, el alemán Boesch y el investigador ruso Vygotsky.

Para Ernst Boesch (1991) la Psicología Cultural es parte constitutiva de cualquier tipo de comportamiento. Sus experiencias con Piaget y Rey en Ginebra, y los tres años (1955-1958) que trabaja en Tailandia lo convencen de que es imposible pensar en una Psicología que no incorpore la dimensión cultural. Considera que la acción humana es la unidad de análisis básica de toda investigación, tal como pudo aprenderlo compartiendo estudios piagetianos. Y las acciones sólo pueden ser debidamente analizadas si se tienen en cuenta las creaciones artísticas, los mitos y la literatura que produce el espacio cultural que habita un sujeto. Para Boesch la cultura es un campo de acciones que contiene objetos elaborados por personas e instituciones; ofrece posibilidades para hacer, pero al mismo tiempo, impone a los individuos determinadas condiciones. El sujeto humano es esencialmente reflexivo, se orienta en términos de metas futuras, crea e inventa símbolos y es capaz de formular teorías acerca de su propia mente. Toda acción humana supone una experiencia emocional en la medida que origina dos clases de experiencias valorativas:

- a) la satisfacción por lograr una meta (o su contrario).
- b) sentimientos de competencia personal (o su contrario).

Mediante estos procesos (acciones, experiencias, valoraciones) el mundo real, los objetos y situaciones, adquieren un significado simbólico personal, simbolismo que puede ser ideacional o analógico. Corresponde a la Psicología no sólo estudiar las acciones individuales sino también las colectivas, que consisten en experiencias similares de distintos actores (sujetos) en situaciones similares respetando simbolismos compartidos (mitos). El estudio de las acciones o comportamientos contextualizados no sólo requiere salir del laboratorio e ir al encuentro de la realidad sociocultural sino, básicamente, considerar que el contexto es, en sí mismo, un problema a analizar. No podemos estandarizar una situación sin tratar de entender de qué manera los sujetos a ser estudiados interpretan los escenarios específicos en los que actúan.

El psicólogo experimental británico Frederick Bartlett (1958) se interesó por la explicación psicológica del cambio cultural; debido a ello estudió las relaciones entre los hechos sociales, culturales y psicológicos. Involucrado en temas de Psicología Cognitiva, estudia los recuerdos colectivos a fin de determinar la incidencia que las instituciones sociales tienen en la memoria individual (Rosa, 1996). Para él era imposible pensar en una psicología que no fuera cultural. Entre otras cosas, le interesó el estudio psicológico de la manera en la que una forma cultural (figurativa o narrativa) se transforma al pasar de un grupo cultural a otro. En todos sus estudios insiste en la

importancia de trabajar desde perspectivas holísticas o molares, rechazando todo tipo de simplificación en términos de elementos o partes de un proceso. Criticó a quienes desintegran al sujeto humano transformándolo en una serie de procesos psicológicos. Para él era importante vincular las acciones individuales con sus antecedentes y consecuencias sociales.

Los afectos y los sentimientos actúan como marcadores de la conciencia a fin de orientar las acciones individuales, especialmente ante situaciones de conflicto. Sus principales trabajos analizan el que denomina proceso de convencionalización: cada grupo tiene convenciones, normas compartidas que funcionan en calidad de símbolos. Le corresponde a la Psicología el estudio de los símbolos que se transforman en productos sociales a través de procesos de intercambio cultural. Descarta la idea de la existencia de símbolos universales en una crítica directa a la noción jungiana de inconsciente colectivo. También se interesa por el estudio de las narrativas populares (folk) a las que considera productos sociales valiosos. Para Bartlett es imposible divorciar el trabajo en el laboratorio del trabajo de campo. Un individuo en un laboratorio experimental no es alguien que pueda cumplir con las tareas que el investigador le propone sino un sujeto que plantea una comprensión de la situación y le asigna un significado; corresponde al investigador crear la disposición necesaria para que juegue el juego propuesto. Como sostiene Rosa (1996) el paralelismo que el investigador británico postula entre el individuo y la sociedad es útil para enriquecer las reflexiones actuales en el campo de la Psicología Cultural.

En un interesante trabajo sobre el concepto de cultura en los trabajos del psicólogo ruso Vygotsky, van der Veer (1996) considera que si bien como hombre era muy erudito, un experto en el estudio de religiones, filosofía y psicología, conocedor de literatura, drama y poesía; como investigador, Vygotsky utilizó un concepto de cultura bastante limitado. El investigador citado sostiene que una fuente de referencia de las concepciones vygotskianas fue el lingüista Alejandro Potebnya (1835/1991) quien conocía bien los trabajos de von Humboldt.

Para Potebnya, el lenguaje, en especial la articulación verbal oral, no sólo sirve para comunicarnos sino que conforma nuestra manera de pensar. Las ideas no sólo se expresan por medio de palabras sino que se generan simultáneamente con las palabras. Estamos forzados a usar la herencia del pasado que transita en las palabras que la cultura en la que vivimos nos ofrece. En su trabajo sobre Pensamiento y Lenguaje (1934/1962) Vygotsky sostiene que el lenguaje conforma nuestro pensamiento y es básicamente una herramienta cultural. Admite que existen formas preverbiales de pensamiento de la misma manera que existe un habla preverbal (las vocalizaciones infantiles).

Cuando usamos conceptos (que tienen su soporte en las palabras), a la vez que nos comunicamos con otros, concretamos generalizaciones. En la medida en que operamos sobre el otro (hablando) y podemos ser otro para alguien (escuchando en función de una terminología compartida) tenemos conciencia de nosotros mismos.

Otro estudioso que, según el investigador holandés mencionado, influyó en las propuestas de Vygotsky, es Gustav Shpet (1879/1937). Criticó las nociones de Wundt acerca de la Volkerpsychologie sobre la base de pensar, siguiendo las ideas de Durkheim, que los hechos sociales deben considerarse como tales y son objeto de estudio de la disciplina Sociología. Para Shpet la Psicología debe ocuparse de estudiar cómo los grupos primitivos y modernos experimentan fenómenos sociales como el lenguaje y la religión, por ejemplo. La semiótica posibilita la interpretación de los hechos objetivos (en su mayor parte con base verbal), los signos y los significados que los sujetos comparten en una determinada cultura.

Para Vygotsky la historia humana es, por una parte, la historia de Occidente y la búsqueda de dominio sobre la naturaleza a través de la creación de herramientas y el perfeccionamiento de la tecnología y, por otra, el crecimiento gradual de las capacidades para controlar al self (sí mismo) a través de las invenciones y el uso de signos en tanto tecnología cultural. Dice muy poco sobre las modificaciones y creaciones culturales a través de las aportaciones del sujeto en tanto actor social.

Los comportamientos humanos generalmente son estudiados desde modelos o perspectivas teóricas originarios de un determinado contexto cultural. Se comparan diferentes culturas aplicando teorías e instrumentos que no se generaron en ellas. Es por ello que algunos autores aluden al estudio de fenómenos desde el propio sistema o desde concepciones o miradas exteriores o ajenas a aquellos.

Este tipo de análisis ha dado lugar a la diferenciación entre perspectivas ÉTICAS y ÉMICAS, sobre la base de las ideas desarrolladas por el lingüista Pike (1967) a partir de las nociones de fonético y fonémico.

La mirada ética analiza el caso a partir de modelos desarrollados por fuera del sistema particular que se está analizando, en tanto que la émica lo hace utilizando herramientas y conceptos originarios en el propio contexto que se está estudiando. Para Pike ambos enfoques no son antagónicos sino complementarios; la perspectiva ética (o supuesta universal) provee de teorías y metodologías usadas en diferentes contextos lo que facilita el encuentro de lo diferente, brinda recursos para la obtención de datos, es el único punto de comienzo del estudio y hace posible afrontar demandas relacionadas con los recursos humanos y financieros para concretar un trabajo.

La perspectiva émica permite conocer el proceso de construcción del lenguaje y otros fenómenos culturales, ayuda a comprender los comportamientos de la vida cotidiana en su hábitat habitual a la vez que brinda una base concreta para hacer inferencias válidas. Para el psicólogo canadiense Berry (1999) ambas miradas son necesarias cuando se proyectan investigaciones; analiza a su vez las nociones de ÉTICO IMPUESTO (el análisis desde la perspectiva particular del investigador), PSEUDO-ÉTICO (lo que se supone universal y sólo es particular de una cultura, generalmente la hegemónica o dominante en el mundo académico) y ÉTICO DERIVADO (se logra mediante la comparación sistemática de un mismo comportamiento o proceso en diferentes contextos culturales).

Algunos investigadores denominan indígenas o autóctonas a las perspectivas émicas, en especial a partir de investigaciones realizadas en culturas del sudeste asiático, Japón, China, o en ámbitos aborígenes americanos. Estudios realizados en EEUU emplean el término minorías para referirse a poblaciones de origen afroamericano o latinoamericano, por ejemplo.

En un interesante trabajo sobre el desafío de la Psicología Cross-Cultural, investigadores coreanos (Kim, Park y Park, 2000) señalan que a pesar de que las teorías psicológicas existentes se suponen objetivas y universales, están muy impregnadas de valores euro-americanos que dan prioridad a la racionalidad, la individualidad y los ideales liberales, por lo que deben ser consideradas éticas impuestas o pseudoéticas. Enriquez (1993) identifica dos tipos de esas teorías:

- 1) Las que surgen de trasladar conceptos y métodos y modificarlos para que se ajusten o adapten a un nuevo contexto socio-cultural; de allí surgirán los que Berry califica como éticos derivados. Los aspectos o procesos que se constatan en varios grupos culturales se retienen como universales posibles.

- 2) Las que desarrollan conceptos y métodos desde la propia cultura que se estudia, se trabaja desde abajo hacia arriba (bottom up approach); la realidad cultural es entendida en términos de la utilización colectiva de recursos naturales y humanos para la obtención de metas deseadas.

Muchos conceptos se utilizan en calidad de éticos (universales) sin verificar su validez émica (propia de un grupo cultural). Así, por ejemplo, Azuma (1988) sostiene que la noción de culpa casi siempre es interpretada en forma negativa, se piensa que está basada en creencias irracionales, miedos fantaseados o deseos prohibidos. La existencia prolongada de sentimientos culpógenos tiene incidencia en el desarrollo psicopatológico ulterior. En las culturas del sudeste asiático sentir culpa ante los padres es considerado algo muy natural dado que ellos brindan devoción, indulgencia, sacrificios y afectos. La culpa es interpretada como una emoción interpersonal positiva que genera piedad filial, motivación de logros y relaciones íntimas (Kim, Chol, 1994).

El concepto de cultura.

La preocupación por el estudio de las culturas resurge como una preocupación central de las teorías psicológicas hacia fines del siglo XX, no sólo en relación con las producciones de las denominadas Psicología Cultural, Psicología Cross-Cultural, Etnopsicología o Etnopsiquiatría, sino también en el campo de las investigaciones de la psicología discursiva, el constructivismo social y la epidemiología.

Kashima (2000) se interroga acerca del futuro de la Psicología Cultural y plantea que ello va a depender de la concepción que los profesionales de la salud adopten acerca de la noción de persona. Considera importante diferenciar entre cultura y sociedad. Lo social remite a conjuntos de individuos de tamaño y estructura diversos: una tribu, una nación o estado, un continente. Una cultura puede ser compartida por una sociedad o grupo social pero son entidades teóricas diferenciadas; el sistema social incorpora referencias a patrones de relaciones con relativa estabilidad, interpersonales o intergrupales, que se caracterizan en relación a variables tales como recursos tecnológicos, distancia al poder, afiliación a roles. Para el autor mencionado lo cultural implica esencialmente poder compartir significados y sentidos.

Desde una perspectiva histórica el resurgimiento del interés por lo cultural coincide con la declinación de la concepción de sujeto o persona del iluminismo y el racionalismo y del modelo de las ciencias naturales como único. Importantes cambios marcaron el final del siglo XX: la economía política es diferente, surgen conflictos étnicos, se globaliza una economía esencialmente financiera, hay un alto desarrollo de la información tecnológica que posibilita poder lograr un alto nivel de intercambio de información y personas más allá de los límites que imponen los estados nacionales. Se aceleran las influencias mutuas entre bloques culturales, hecho que va a facilitar la toma de conciencia acerca de las diferencias. El antiguo evolucionismo darwiniano resurge aportando una concepción del Homo Sapiens en términos de Animal Cultural: la cultura forma parte de la naturaleza humana (Fiske, Kitiyama y colaboradores, 1998).

La especie humana transmite información tanto genética como cultural, la ontogénesis humana es primordialmente un proceso de endoculturación (adaptación e incorporación a una cultura). La cultura provee herramientas materiales y simbólicas con las cuales los sujetos pueden adaptarse a sus contextos ecológicos y sociales. Existe una relación permanente entre la realidad biológica, el contexto social y cultural y una época histórica determinada en la cual a la persona le ha tocado vivir.

Es posible señalar la existencia de concepciones diferentes, pero a la vez complementarias, acerca del concepto de cultura.

Una escuela de pensamiento la interpreta como un sistema relativamente estable de significados compartidos (Triandis, 1972; Rohner, 1984; Geertz, 1973). Otra enfoca la cultura como un proceso de asignación de significados o reproducción de significados en las prácticas concretas de los actores sociales (Cole, 1976; Valsiner, 1989; Wertsch, 1991).

En el campo de la Antropología los investigadores identificados con las ideas del pensador francés Bourdieu (1997), el británico Giddens (1979) o los marxistas contemporáneos asumen una perspectiva similar: aluden a estructuración, habitus, praxis.

El contraste entre las visiones orientadas hacia los sistemas de significados o de prácticas es bastante similar a la diferencia que estableciera el lingüista Saussure (1959) entre lengua y habla. Puede decirse que ambas tienen diferentes concepciones temporales: los significados son duraderos, las prácticas toman en cuenta situaciones a corto plazo. Para los dos enfoques son los sujetos, las personas, quienes generan la cultura, pero a su vez ésta conforma las mentalidades y subjetividades. Cada día parecería haber más consenso respecto a considerar que el sujeto humano se constituye por la interacción entre procesos evolucionistas, histórico-culturales y los vinculados con el desarrollo individual. La inclusión de temas relacionados con diferentes áreas del desarrollo evolutivo personal o la génesis de determinadas patologías en estudios de Psicología Cultural, Psicología Cross-Cultural, Psiquiatría Folklórica o Etnopsiquiatría es un buen ejemplo de lo dicho.

Los procesos culturales son simultáneamente interactivos -se negocian socialmente- y conforman la subjetividad; sujeto y contexto son ambos activos y vinculables (Keller, Greenfield, 2000).

Poder comprender bien el plano cultural supone examinar :

- 1) El contexto. Hay una realidad ecológica, pero se la puede compartir sin que ello suponga igualdad cultural. Mucha gente vive en desiertos, por ejemplo, pero ello no implica que hayan desarrollado culturas idénticas.
- 2) La epistemología. (Religiones, filosofías, creencias). Estos cuerpos organizados de conocimientos sirven para asignar significados, direcciones y coherencias (budismo, comunismo, hinduismo, islamismo, cristianismo, liberalismo, marxismo).
- 3) La fenomenología. Importa conocer las expresiones formuladas en primera persona (Yo, Nosotros) a fin de obtener información sobre las formas en las que los seres humanos tienen sus experiencias e interpretan el mundo.

Los investigadores que rescatan la importancia de las perspectivas émicas o locales otorgan importancia a la validez práctica. El resultado de una investigación o estudio debe posibilitar aplicaciones concretas.

En latinoamérica cabe mencionar los estudios etnopsiquiátricos pioneros de Javier Mariátegui en Perú y Fernando Pagés Larraya en Argentina. También tienen relevancia los trabajos etnopsicológicos realizados en México por Rogelio Díaz Guerrero sobre los mexicanos y la Psicología Mexicana (1982; 1992); su hijo, Díaz Loving (1998), destaca la necesidad de construir datos culturalmente válidos (émicos) que sirvan de soporte para el desarrollo de una ciencia psicológica universal (ética).

El investigador venezolano Salazar (1997) analiza los trabajos publicados en la Revista Interamericana de Psicología publicada por la Sociedad Interamericana de Psicología fundada en 1951 en sus primeros 30 años, con la finalidad de constatar la importancia otorgada en ellos al análisis de fenómenos culturales latinoamericanos. Constata que entre 1967 y 1996 el 50% estuvo orientado al estudio de similitudes culturales explícitas, similitudes implícitas, diferencias explícitas e implícitas.

Así como interesa estudiar diferencias en los procesos psicológicos que se desarrollan en ámbitos culturales diferentes, también surge como desafío la búsqueda de dimensiones culturales universales. Un psicólogo holandés, Hofstede (1999), y un norteamericano, Triandis (1989), se destacaron en este campo de estudio.

En sus investigaciones sobre valores y trabajo en 53 países, Hofstede encontró la presencia sistemática de cuatro dimensiones culturales.

- 1) Distancia de poder: determina el grado en el que los miembros menos poderosos o más débiles de organismos e instituciones, aceptan el hecho de que el poder se distribuye desigualmente; el problema antropológico-social básico involucrado es la desigualdad social y el monto de autoridad que una persona o grupo de personas impone sobre los demás.
- 2) Aceptación de la incertidumbre: analiza el grado en el que la gente se siente amenazada por la presencia de situaciones ambiguas en función de las cuales formula creencias e instituciones que le permiten tolerar la incertidumbre; el problema básico está relacionado con la forma en la que la sociedad enfrenta la vida, la muerte, los conflictos y la agresión.
- 3) Individualismo versus Colectivismo: un extremo de este continuo, el individualismo, es la predisposición de las personas a preocuparse por sí mismas y la familia inmediata; el colectivismo se relaciona con la tendencia a pertenecer a grupos o colectividades que brindan apoyo a cambio de la lealtad; el problema sociocultural central es la medida en la que el individuo depende del grupo, el autoconcepto en términos de Yo o Nosotros.
- 4) Masculinidad - feminidad: la masculinidad aparece asociada a valores como el éxito, el dinero y las posesiones; para la feminidad son importantes la preocupación por y el afecto hacia los demás, la calidad de vida.

El de cultura es en sí mismo un concepto multifacético integrado tanto por elementos subjetivos como objetivos. Las aportaciones de los estudios de Triandis sobre Individualismo y Colectivismo se vinculan con la noción de cultura subjetiva (Matsumoto, Kudoh y Takeuchi, 1996). La referencia a la cultura incorpora aspectos muy diferentes de las actividades cotidianas: valores, actitudes, opiniones, tradiciones, costumbres, historia. El plano cultural refleja patrones aprendidos de comportamientos, el nacimiento, prácticas de crianza, criterios de elección de parejas, rituales relacionados con las concepciones de salud y enfermedad. También pone en evidencia sistemas de gobierno, instituciones sociales, estilos arquitectónicos. Invocamos al concepto cultura tanto para explicar similitudes como diferencias.

Los aspectos de la cultura subjetiva relacionados con el individualismo y el colectivismo antes mencionados permiten estudiar maneras en las que se construyen las identidades personales y las nociones acerca del sí mismo (self). Los valores

individualistas otorgan más importancia al logro de la autonomía y la unicidad, los colectivistas a los vínculos sociales y lo valorado por el grupo de pertenencia.

Los estudios psicológicos acerca de los sujetos humanos, en la cultura Occidental, tienen sus raíces en una ontología individualista (Markus y Kitayama, 1998). Ya sea que se estudien rasgos, deseos, narrativas o estrategias cognitivas, incorporan las ideas siguientes:

- 1)- La persona es una entidad autónoma definida por procesos, atributos o cualidades distintivas.
- 2)- La configuración de tales atributos o procesos internos determina o causa el comportamiento humano.
- 3)- Los comportamientos individuales son variados y diferentes porque la configuración mencionada es considerada la adecuada.
- 4)- Las personas expresan los atributos y procesos en diferentes situaciones y se consideran buenas la estabilidad y la consistencia.
- 5) El estudio de la subjetividad permite comprender cómo predecir y controlar los comportamientos.

Un modelo diferente sugiere que las personas no son entidades independientes o autónomas sino que existe una interdependencia fundamental entre los individuos: el sí mismo o self no puede pensarse separado de los otros y el contexto social.

- 1) Una persona es una entidad interdependiente, parte de un sistema de relaciones sociales.
- 2) Los comportamientos humanos surgen en respuesta a los demás.
- 3) La naturaleza precisa de un contexto social dado que varía con frecuencia, por lo cual es esperable que los comportamientos también cambien en función de tal variación.
- 4) El estudio de la subjetividad es importante porque permite comprender los comportamientos en su carácter de relacionales e interpersonales.

Para el antropólogo de Munck (2001) aun no se cuenta con una teoría de la cultura bien formulada. Cuestiona a quienes contrastan concepciones tradicionales y posmodernas, ya que ambas asumen la cultura como una entidad discreta y no como una totalidad integrada por partes o subsistemas diversos como lo son las clases sociales, las religiones, las ideas políticas y económicas, la educación. Para el autor citado una cultura nunca es una totalidad o estructura homogénea. Si bien las numerosas concepciones acerca de la cultura tienen en común el reconocimiento de que es algo compartido y a la vez aprendido por los sujetos, se ha dado muy poca importancia a las variaciones dentro de un mismo grupo cultural. Un planteo teórico válido debe considerar tanto lo compartido como lo diferente entre actores de un mismo sector o grupo. Es importante considerar la cultura como un concepto fluido que se modifica en estrecha dependencia con las preguntas que se plantean.

Desde la perspectiva postmoderna se ha dado suma importancia a los casos y relatos particulares, sin pensar el grado de representatividad que esos informantes tienen y sin valorar la importancia de métodos que faciliten la contrastación sistemática de semejanzas.

Es riesgoso suponer que los fenómenos compartidos representan siempre un área cultural y que constituyen una buena unidad de análisis para hacer comparaciones. A modo de ejemplo, pensemos en las concepciones y prácticas religiosas de personas

musulmanas en un país predominantemente budista como Sri Lanka y las de personas con las mismas creencias residentes en China, donde ese predominio no se verifica. Ser musulmán significa algo distinto en función de los contextos macroculturales en el que se lo analiza.

Los fenómenos compartidos constituyen una de las variables posibles a ser tenidas en cuenta. Corresponde considerar también factores relacionados con el clima, la ubicación geográfica respecto a su altura en relación al nivel del mar, por ejemplo. Una unidad cultural no siempre implica continuidad territorial, como muchos estudios dan por sentado; el Islamismo y el Cristianismo son unidades megaculturales sin límites territoriales precisos. Muchos trabajos aluden a las diferencias entre concepciones Occidentales y No Occidentales relativas al sí mismo (self), sin tener presente que hay alta incidencia de factores biológicos que contribuyen a su estructuración. El sí mismo supone admitir emociones propias y diferenciarlas de las ajenas, las emociones se basan en sensaciones manejadas en gran parte por la química corporal. El sí mismo (Modell, 1993) no es un producto cultural por excelencia sino que incorpora también componentes no culturales.

Para de Munck (2001) es conveniente no usar el término cultura como un sustantivo sino aludir a procesos culturales (como verbo o acción). Los aspectos culturales son efectos o consecuencias de la adaptación de las personas a contextos particulares y a procesos biológicos específicos. Estos factores estructuran las experiencias individuales que, repetidas a lo largo del tiempo, se transforman en prácticas culturales vinculadas con valores y creencias.

Un cambio cultural ocurre cuando se producen modificaciones en el contexto que exigen la puesta en juego de prácticas nuevas; lo cultural emerge como efecto de factores físicos, biológicos y sociales, en estrecha relación con lo que Bartlett (1932) denominó el esfuerzo de asignar significado. Sólo cuando ese esfuerzo se ha instituido en términos de normas, valores, creencias, hábitos, prácticas o ethos, puede afirmarse que la cultura moldea las acciones individuales. Es necesario e importante estudiar las propiedades de los modelos culturales vigentes en un momento histórico determinado.

Cultura, salud y trabajo

Cuando en las investigaciones epidemiológicas se intenta estudiar la relación entre cultura y enfermedad, en general se tiene muy poco en cuenta la consideración de las estructuras cognitivas que cumplen una función mediadora entre la categorización de la patología y el proceso de pedir ayuda para su solución: se tiende a dejar de lado la perspectiva o mirada del actor social y participante cultural (Fabrega, 1974). Numerosos estudios constatan que hay una correspondencia imperfecta entre la conceptualización clínica de una patología y la experiencia fenomenológica de padecerla (Pennebaker, 1982). Si entendemos el síntoma en tanto indicador de un trastorno subyacente, cabe tener presente que no todo cambio físico o emocional es interpretado por el sujeto que lo vivencia en términos de síntoma; ello va a depender tanto de factores individuales como sociales. Las prácticas de una sociedad relacionadas con el tratamiento de la salud y la enfermedad constituyen en sí mismas un subsistema cultural que incorpora por lo menos tres niveles de análisis (Angel y Thoits, 1987):

- 1) las creencias populares,
- 2) las prácticas terapéuticas autóctonas o alternativas,
- 3) la tecnología médica moderna.

Los individuos construyen y adoptan vocabularios específicos relacionados con la salud y la enfermedad. Así, por ejemplo, los chinos expresan sus estados depresivos en lenguaje somático mientras que los occidentales incorporan también estados afectivos. Los sujetos procesan información referida a que “algo anda mal” cuando experimentan cambios físicos o emocionales, y el hecho mismo de categorizarlos en términos de síntomas está muy relacionado con experiencias tempranas de socialización. La normalidad o anormalidad de tales cambios se determina mediante un proceso de comparación con los criterios vigentes en el grupo cultural de referencia: cuanto más admitidos como esperables son para ese grupo, menor es la probabilidad de identificarlos como síntomas. Como esos grupos son étnicamente más homogéneos entre los sectores sociales de menor nivel socio económico, el rol de las creencias culturales es en ellos más fuerte. Una vez que sensaciones y molestias han sido categorizadas como “anormales”, se procede a evaluarlas e interpretarlas, en relación con las que Angel y Thoits denominan categorizaciones de segundo orden. Una de las primeras discriminaciones supone ubicarlas como físicas o psíquicas. Cuanto más tradicional es una cultura, menor es la discriminación que hace entre lo físico y lo emocional/psicológico.

A modo de síntesis final se mencionan algunas situaciones que ilustran ciertas realidades sociales que pueden ser útiles para pensar en estrategias de análisis desde una mirada cultural.

El psicólogo africano Zimba (2001) plantea los desafíos de trabajar con niños en situaciones de adversidad y caos social. Debido a movimientos migratorios de zonas rurales a grandes centros urbanos, la estructura de las familias sudafricanas se ha modificado. Muchos padres dejan a sus esposas e hijos en el campo y parten hacia la ciudad en busca de trabajo. Prevalecen situaciones de violencia política y doméstica, saqueos y muertes. La pobreza, la violencia, el crimen y las enfermedades no sólo aniquilan la unidad familiar sino que han cambiado la misma naturaleza de la niñez y la infancia: miles de niños eligen vivir en las calles. En situaciones como las mencionadas se piensa en reconstruir y fortalecer las posibilidades de la familia extensa de origen, reforzando su capacidad de resiliencia. En zonas como Angola, por ejemplo, la mejor forma de brindar ayuda es apoyando las acciones de tipo comunitario y espiritual.

Ideas desarrolladas con éxito en el ámbito de la Psicología Industrial y Organizacional occidental debieron ser modificadas y adaptadas a la realidad de la cultura de la India. Al respecto, Singh-Sengupta (1998) relata cómo las actividades gerenciales deben ser pensadas en términos de espiritualidad y síntesis, la meta del trabajo ser concebida como una obligación y no en términos de un contrato. El afecto y la deferencia se incorporan como formas de relacionarse con superiores y se pone el énfasis en que el crecimiento de una organización se beneficia en la medida que sus miembros se enriquecen individualmente.

La comunidad gitana es un grupo étnico con muy poca integración social, consecuencia entre otras, de no existir un estado o nación con el que se identifiquen y de su forma particular de vida que contrasta con la de otros grupos. Se supone que se instalaron en Europa entre el siglo XIV y XV, desde Egipto, aunque se los considera originarios de la India. Constituyen el grupo cultural con la mayor tasa formal de desempleo, rechazan toda participación en el sistema educativo formal, se ganan la vida a través de ventas de productos diversos y organizan sus parejas y familias según códigos propios sin considerar la legislación vigente en el país de residencia. En general, el resto de la población de los países en los que se instalan muestra hostilidad hacia ellos. Dos millones de gitanos viven en Rumania donde su participación en la

sociedad civil constituye todo un desafío, en términos de favorecer procesos de asimilación y aculturación (Domitrascu, 1998).

Estudios realizados en España, posteriores al ataque terrorista del 11 de marzo en la ciudad de Madrid, ponen de manifiesto que las actividades religiosas en tanto componentes de la dimensión cultural, aparecen como formas de afrontar hechos traumáticos (Campos, Páez y colaboradores, 2004). La religiosidad se define como un sistema de creencias en un poder divino y sobrenatural, así como en un conjunto de prácticas de adoración o rituales dirigidos a ese poder supremo (Furnham y Heaven, 1999). Las personas con fuertes creencias religiosas informan sobre mejor bienestar subjetivo y afrontan más exitosamente situaciones de estrés.

Bibliografía.

- ANGEL, R. Y THOITS, P. (1987). The impact of culture on the cognitive structure of illness. Culture, Medicine and Psychiatry, 11, 465-494.
- AZUMA, H. (1988). Are japanese really that different? The concept of development as a key for transformation. XXIV International Congress of Psychology. Australia. Sydney.
- BARTLETT, F.C. (1932). Remembering: A study in experimental and social psychology. Cambridge: Cambridge University Press.
- (1958). Thinking: An experimental and social study. New York: Basic Books.
- BERLIN, I. (1981). Against the Current: Essays in the History of Ideas. Oxford: Oxford University Press.
- BERRY, J.W. (1999). Emics and Etics: A symbiotic conception. Culture and Psychology, 5, (2), 165-172.
- BOESCH, E.E. (1997). The Story of a cultural psychologist: Autobiographical Observations. Culture and Psychology, 3, (3), 257-276.
- BOURDIEU, P. (1997). Capital cultural, escuela y espacio social. México: Siglo XXI.
- CAHAN, E.D. Y WHITE, S.H. (1992). Proposals for a second psychology. American Psychologist, 47, 224-235.
- CAMPOS, M.; PÁEZ, D.; FERNANDEZ BARROCAL, P. (2004). Las actividades religiosas como formas de afrontamiento de hechos estresantes y traumáticos con referencia a las manifestaciones del 11-M. Ansiedad y Estrés, 10, (2-3), 1-11.
- COLE, M. (1996). Cultural Psychology. A once and future discipline. Capítulos 1 y 2. Cambridge: Harvard University Press.
- DE MUNCK, V.C. (2001). In the belly of the beast: Two incomplete theories of culture and why they dominate the Social Sciences. Parte 1 y 2. Cross-cultural Psychology Bulletin, 35, (2 y 3), 14-21 y 5-17.
- DÍAZ GUERRERO, R. (1982). La Psicología del Mexicano. México: Trillas.
- (1992). La psicología de la personalidad en el siglo XXI. Revista Interamericana de Psicología, 26, (1), 37-52.
- DÍAZ LOVING, R. (1998). Contributions of Mexican Ethnopsychology to the resolution of the etic-emic dilemma in personality. Journal of Cross- Cultural Psychology, 29, (1), 104-118.
- DOMITRASCU, T. (1998). Romanian gypsies: Problems of development. Cross-cultural Psychology Bulletin, 32, (4), 22-24.

- ENRIQUEZ, V.G. (1993). Developing a Filipino psychology. En: U. Kim y J.W. Berry (eds). Indigenous Psychologies: Research and experience in cultural context, (152-169). California: Sage.
- FABREGA, H. (1974). Disease and Social Behavior: An interdisciplinary perspective. Cambridge: MIT Press.
- FISKE, A. P.; KITTYAMA, S.; MARKUS, H.S. Y NISBETT, R.E. (1998). The cultural matrix of social psychology. En: D.T. Gilbert, S.T. Fiske y L. Gardner (eds). Handbook of Social Psychology. Vol 2. (915-981). New York: McGraw Hill.
- FURNHAM, A. Y HEAVEN, P. (1999). Personality and Social Behavior. Londres: Arnold Pub.
- GEERTZ, C. (1973). The interpretation of culture. New York: Basic Books.
- (1982). Social transformation in social knowledge. New York: Springer.
- GIDDENS, A. (1979). Central problems in social theory. Londres: Macmillan.
- HARRÉ, R. (1986). The social construction of emotions. Oxford: Blackwell.
- HOFSTEDE, G. (1999). Cultura y organizaciones. El software mental. Capítulos 1 y 2. Madrid: Alianza.
- KASHIMA, T. (2000). Conceptions of culture and person for Psychology. Journal of Cross-Cultural Psychology, 31, (1), 14-32.
- KELLER, H. Y GREENFIELD, P. (2000). History and future development in Cross-cultural Psychology. Journal of Cross-Cultural Psychology, 31, (1), 52-62.
- KIM, U. Y CHOI, S.H. (1994). Individualism, collectivism and child development. A Korean perspective. En: P. Greenfield y R. Cocking (eds). Cross-cultural roots of minority child development, (227-258). Hillsdale: Erlbaum.
- KIM, U.; PARK, Y.S. Y PARK, D. (2000). The challenge of Cross-Cultural Psychology: The role of Indigenous Psychology. Journal of Cross-Cultural Psychology, 31, (1), 63-75.
- MARKUS, H.R. Y KITTYAMA, S. (1998). The cultural psychology of personality. Journal of Cross-Cultural Psychology, 29, (1), 63-87.
- MATSUMOTO, D.; KUDOH, T. Y TAKEUCHI, S. (1996). Changing patterns of individualism and collectivism in the United States and Japan. Culture and Psychology, 2, 77-107.
- MODELL, A.H. (1993). The privative self, (25-65). Cambridge: Harvard University Press.
- PIKE, K.L. (1967). Language in relation to a unified theory of the structure of human behavior. La Haya: Mouton.
- PENNEBAKER, J. W. (1982). The Psychology of physical symptoms. New York: Springer Verlag.
- ROSA, A. (1996). Bartlett's Psycho-anthropological Project. Culture and Psychology, 2, (4), 355-378.
- ROHNER, R. (1984). Toward a conception of culture for cross-cultural psychology. Journal of Cross-Cultural Psychology, 15, 111-138.
- SALAZAR, J. M. (1997). La investigación transcultural en 30 años de la Revista Interamericana de Psicología. Revista Interamericana de Psicología, 31, (2), 169-184.
- SAUSSURE, P. (1959). Curso de Lingüística General. Buenos Aires: Lozada.
- SHWEDER, R.A. (1990). Cultural Psychologist. What is it? En: J. Stigler, R.A. Shweder y G. Herdt (eds). Cultural Psychology: Essays in comparative human development, (1-43). Cambridge: Cambridge University Press.
- SINGH-SENGUPTA, S. (1998). Towards integrative indigenization: I.O. Psychology research in India. Cross-Cultural Psychology Bulletin, 32, (2), 16-21.

- TRIANDIS, H.C. (1972). The analysis of subjective culture. (30-65). New York. Wiley.
- (1989). Cross-cultural studies of individualism and collectivism. En: J. Berman (ed). Nebraska Symposium on Motivation. Lincoln: University of Nebraska Press.
- VALSINER, J. (1987). Culture and the Development of Children's Action: A Cultural-Historical Theory of Developmental Psychology, (15- 45). New York: Wiley.
- VAN DER VEER, R. (1996). The concept of culture in Vygotsky's thinking. Culture and Psychology, 2, (3), 247-263.
- WERTSCH, J.V. (1991). Voices of the mind. Londres: Harvester.
- ZIMBA, R.F. (2001). The impact of adversity on childhood and youth development in Southern Africa. Cross-Cultural Psychology Bulletin, 35, (4), 10-16.